



MES DE MARZO

SUMARIO

El Guardia de Honor, durante este mes, se previene, con algunas armas espirituales que le ayudarán poderosamente en la gran obra de su salvación.

En la primera semana se arma con *La Señal de la Cruz*.

En la segunda se roda con *Celestiales Protectores* que le servirán de poderoso auxilio en medio de las luchas y dificultades.

En la tercera le instruye y alimenta el ejercicio de la *presencia de Dios*.

En fin, en la cuarta, se arma con el cuchillo de la *Mortificación* para estirpar sus vicios y malas inclinaciones como le convida la Iglesia en el santo tiempo de Cuaresma.

RETIRO DEL MES:
EL ESPÍRITU DE ORACIÓN



MARZO

PRIMERA SEMANA
BAJO LA PROTECCIÓN
DE
SANTO TOMÁS DE AQUINO
DOCTOR
(Fiesta el 7 de marzo)

La señal de la Cruz

Una de las armas más eficaces en el combate espiritual es, sin duda, la señal de la Cruz. Inútil es dar a conocer su dignidad. El signo de la Cruz es la señal del cristiano. Nos recuerda los más augustos misterios de nuestra Santa Religión como el de la Trinidad y la redención; nos transporta, por decirlo así, desde el Cielo al Calvario.

Se emplea en todas las ceremonias del culto divino, desde el Bautismo, cuando acabamos de nacer, hasta la Extremaunción, en las últimas horas de nuestra vida. Señala todos los actos importantes del cristiano, pone en huida al espíritu maligno, nos ayuda a vencer nuestras pasiones, llama a Dios en nuestro socorro y nos reviste de un sello como de un escudo invencible.

No obstante, ¡cuán pocos cristianos comprenden la importancia, sublimidad y eficacia de este augusto signo! Muy pocos le usan con la fe, piedad y gravedad que se merece. De ordinario se hace la señal de la cruz con tal apresuramiento, como si se desembarazase de un insecto inoportuno y sin espíritu interior.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, diremos en adelante, voy a dominar la pereza, levantándome; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, empezaré y concluiré mis oraciones, tomaré el alimento, me pondré a trabajar, cumpliré todos los deberes de mi estado, etc.

Esta arma no la dejaré de mis manos.

Si en mi corazón se levanta la cólera, la reprimiré con el signo de la Cruz; si viene a mis labios una palabra desabrida, una censura, una maledicencia, los sellaré con la señal de la Cruz.

Si me asalta la tentación o me rodea el peligro, con este escudo nada temeré.

Si penetra el orgullo en mi pensamiento, cubriré mi frente con este signo saludable; en fin, él será en todo y por todo mi arma defensiva y ofensiva con la gracia de Dios.

Las santas almas del Purgatorio bendecirán esta práctica, porque se ganan 50 días de indulgencia, cuando se hace la señal de la Cruz, pronunciando las palabras sagradas y 100 si se hace con agua bendita.



MARZO

SEGUNDA SEMANA
BAJO LA PROTECCIÓN
DE
SANTA MATILDE
EMPERATRIZ
(Fiesta el 14 de marzo)

Nuestros Santos Protectores

Nos atacan vigorosamente y sin cesar tres esforzados enemigos: el demonio, el mundo y nuestras pasiones. Llamemos en nuestra ayuda a algunos poderosos auxiliares que nos sostengan, porque abandonados a nuestras propias fuerzas, seremos vencidos infaliblemente. Nos cubrirán con su santa protección *la Santísima Virgen, San José y nuestros Santos Patronos*.

Cuando la profetisa Dévora mando a Barac que combatiese los enemigos de Dios: “Iré, respondió el general, si venís conmigo; sin vos no”¹.

Digamos lo mismo, y cada mañana, antes de lanzarnos al campo de batalla, invoquemos a la Virgen poderosa para que nos ayude a vencer a Satanás; llamemos a nuestro Ángel de la Guarda que nos defienda de las seducciones del mundo y a nuestros santos Patronos para que nos sostengan en la lucha interior contra nosotros mismos. María a nuestra derecha, nuestro Santo Ángel a la izquierda, nuestros Santos protectores delante: ¡qué escolta!... Avancemos animosamente, bajo esta triple protección venceremos, porque estaremos fortificados con la ayuda de lo alto². ¡Desgraciada el alma presuntuosa que, confiada en sí misma, se presenta sola ante sus enemigos!

Os invitamos, pues, queridos Asociados, a terminar el examen preventivo con esta triple invocación.

María, Madre mía amantísima, quiero combatir bajo vuestra protección, colocaos a mi derecha y no vacilaré.

Ángel querido, que me guardas, sed mi apoyo y escudo las asechanzas de mis enemigos.

San José y mis Santos protectores, servidme de vanguardia y abridme el camino que conduce a la victoria.

Muchos cristianos fervorosos tienen la costumbre de invocar así a la Santísima Virgen, a su Santo Ángel y a sus Patronos, añadiendo el nombre de los santos que protegen los lugares, casas y obras que les han sido confiadas, componiendo como pequeñas letanías personales que recitan fielmente. Imitémosles y con ellos nos felicitaremos bien pronto de esta piadosa práctica y no perdamos de vista durante el día este poderoso patrocinio.

Los espíritus malignos esparcidos por el aire, vendrán a oscurecer nuestro entendimiento, a asustar nuestro valor y a entibiar nuestro corazón?... Opongámonos varonilmente a sus asechanzas, diciendo a la que siempre ha triunfado: “¡Madre mía, dulcísima Madre, venid en mi ayuda, destruid las emboscadas de mi enemigo, salvad a vuestro hijo!”.

¹ Si venis mecum, vadam, si nolueris veire mecum, non pergam. Ludic. VIII

² Voe soli. Eccle, IV, 10



El mundo nos atacará abierta u ocultamente con sus pérfidos amores, sus crueles burlas, sus amargas decepciones... Clamemos a nuestro Santo Ángel. Dios le ha encomendado llevarnos de la mano porque nuestro pie no tropiece en alguna piedra: la del escándalo abunda bajo nuestros pies, invocando a este celestial espíritu nos levantará sobre sus alas para que nos salvemos.

En fin, si se desencadenan nuestras pasiones y como bestias fieras quieren devorarnos, roguemos a nuestros Protectores que peleen con nosotros y por nosotros; ellos lucharon primero contra los mismos enemigos y conocen el peligro: como ellos triunfaron nos prestarán su ayuda y obtendremos la victoria.

Pero hemos de recurrir a estos poderosos auxiliares sencilla y confiadamente, que el recuerdo de estos fieles compañeros en nuestras luchas cotidianas no sea habitual y familiar y encontraremos ciertamente en esta santa, real y permanente sociedad, aunque invisible, un gran refuerzo que nos conseguirá numerosas victorias.



MARZO

TERCERA SEMANA

BAJO LA PROTECCIÓN
DE

SAN JOSÉ

(Fiesta el 19 de marzo)

El ejercicio de la presencia de Dios.

EL ejercicio de la presencia de Dios es el más poderoso aguijón para la lucha, él sólo puede producir grandes santos.

- 1° Es un preservativo
- 2° Un estímulo
- 3° Un consuelo
- 4° Un principio de perfecciones.

Qué fuerza y qué dulzura se encuentra en este pensamiento, Dios me ve, su mirada paternal me sigue en todas partes, ninguna de mis acciones se le pasa inadvertida. Los menos deseos de mi corazón, lo más humildes esfuerzos de mi voluntad los va anotando en el libro de la vida. Mis faltas, mis extravías, mis defectos... ay! tampoco le pasan inadvertidos.

Pues si yo no me puedo ocultar a la mirada de Dios, siempre fija sobre mí por qué permito a mi memoria que olvide con tanta frecuencia el recuerdo de que Dios está presente?

De aquí nacen las caídas en el camino de la perfección. Quien hará el mal si piensa que *Dios le ve?*

No solamente es un preservativo contra el pecado el recuerdo de esta divina presencia, sino también un estímulo enérgico para practicar la virtud: el soldado que combate a la vista de su general siente renovarse su valor, ¿y cuál no sería su heroísmo, si pelease junto a su mismo soberano?

Cuántas dificultades desaparecerían en nuestra vida, cuantas espinas arrancadas y cuantas penas aliviadas encontraríamos si estuviéramos impregnados de este pensamiento de fe: *Dios está aquí presente...* y siempre pronto a socorrerme... Su amor me tiende los brazos... no espera más que una elevación de mi espíritu, un suspiro de mi corazón para correr en mi ayuda y romper las redes tendidas bajo mis pies.

En fin, con qué perfección cumpliríamos nuestros deberes y los menos actos que componen nuestros días si estuviésemos atentos a esta divina presencia. *Anda en mi presencia*, dijo un día Dios a Abraham, y *serás perfecto*³.

Ejercitémonos, pues, a menudo, en concebir la importancia de este santo ejercicio y practiquémosle nuevamente, pero con perseverancia.

Sin oprimir el espíritu. Un recuerdo rápido de vez en cuando, sobre todo al empezar nuestras principales acciones, y estemos seguros que nuestra mirada interior se encontrara siempre con de la nuestro Padre Celestial y de este enlace brotarán mil bendiciones.

Se pueden usar de algunas industrias para familiarizarse con esta dulce presencia, como tener un objeto que la recuerde, el sonido del reloj, invocar al santo Ángel para este fin, etc.

Cuando el alma se acostumbra a este dichoso ejercicio, se encuentra a menudo en si misma a su Dios presente como al amigo familiar de su corazón. Entonces le confía todas sus cosas, reclama sus consejos, descansa en su seno, rehace sus fuerzas con este divino contacto y ya no sabe vivir fuera de esta adorable

³ Ambula coram me, et esto perfectus. Gen XVII.



intimidad, experimentando la verdad de estas palabras de la Escritura: “Dentro de nosotros está el reino de Dios⁴”. Este reino es la justicia, la paz y la alegría en el Espíritu Santo.

Queridos Guardias de honor, haced de vosotros mismos esta dichosa experiencia, ejercitándoos en el Cartel propuesto.

Si miramos a Dios, le amaremos y amándole nos transformaremos en Él.

⁴ Ecce enim regnum. Dei intra vos est Luc., XVII, 21.



MARZO

CUARTA SEMANA
BAJO LA PROTECCIÓN
DE
SAN SEGUNDO
MÁRTIR
(Fiesta el 29 de marzo)

El espíritu de mortificación.

DURA es esta palabra; es necesario mortificarse y morir a sí mismo. “Pero esta muerte es una victoria⁵, porque es la *condición necesaria* para la vida sobrenatural que debe llevar un verdadero Guardia de honor. Aceptémosla, pues, queridos Asociados y pongamos manos a la obra.

Es sabido que después del pecado original todo se pervirtió en nuestra pobre naturaleza: nuestras inclinaciones nos llevan al mal, cada acto de virtud necesita un esfuerzo de nuestra parte y es incontestable que en el fondo de nuestro ser subsiste una lucha intestina que poniéndonos la espada en la mano nos obliga a defendernos, si no queremos ser miserablemente vencidos por los malos movimientos.

Este principio no tiene réplica, lo sabemos por experiencia. Apenas aparece el hombre en este destierro, cuando ya le acompañan una multitud de defectos. Esta tierra virgen, aún humedecida del agua regenerativa, ya produce malos retoños y el primer cuidado de un padre cristiano, de una madre timorata, es sustituir estos gérmenes funestos por la práctica de la virtud.

Aquí la mortificación viene a ser el auxiliar indispensable. Es preciso que este pequeño ser dé muerte a sus caprichos, sus exigencias, sus inclinaciones al mal. Pero, cuán pocos padres lo comprenden y cuán escasos se someten a ella. ¿Y qué resulta de esto? Crece el niño moralmente disforme; se desarrollan en él todos los vicios sin que haga el menor esfuerzo para vencerse, ni se ponga freno a la fogosidad de sus pasiones y a los jóvenes de uno y otro sexo vienen a ser algunas veces la desolación y la deshonra de las familias.

No les han enseñado a mortificarse, a sujetar la parte animal de su naturaleza y, siguiendo sus inclinaciones, han tomado en sus manos las riendas que conducen a los abismos.

Estas tristes consecuencias de la falta de mortificación, se acentúan cada día más en la sociedad, en la familia y en cada uno de los individuos que componen nuestra época. Se ha perdido el vigor del carácter, la energía de los grandes corazones, cediendo al menor obstáculo y sin entrar en la lucha y todo esto porque se busca en otra parte la vida que sólo está en la muerte de nuestras pasiones.

Si es indispensable la mortificación para reprimir en nosotros el mal y hacer que predomine el bien, no lo es menos para entrar en camino de perfección, perseverar en él y progresar hasta llegar a lo sumo de la santidad.

Dirigiéndose un día nuestro Señor a la muchedumbre, exclamó: *Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome sus cruz y sígame*⁶. En estas divinas palabras está compendiado todo código de la mortificación. Ciertamente no serán los Guardias de honor quienes huyan de su buen Maestro; antes no solamente quieren seguirle, sino que se renunciarán, para escoltarle muy de cerca. ¿Pero en qué? En todo, dice el autor de la Imitación, *en las cosas pequeñas tanto como en las grandes*. Ya han renunciado los pecados

⁵ Mori lucrum. Philip. I, 21

⁶ Si quis vult post me venire abneget semelipsum et tollat crucem suam et sequatur me. Matth. XVI, 21



voluntarios, pero este es el primer paso, irán más adelante hasta *renunciarse a sí mismos*; ¡cuántas ocasiones tendrán...! Hay tanto que corregir y mortificar en la triste naturaleza que nos legó nuestro primer padre!

Los ojos quieren verlo todo, los oídos oírlo todo, la lengua hablar de todo, el espíritu saciarse de novedades, el corazón de delicadas sensaciones, la imaginación acaricia mil quimeras, el gusto reclama platos delicados, el cuerpo se complace en la comodidad, la pereza en el reposo, todo el ser, en fin, quiere la vida natural, el yo que destruye la verdadera vida del alma. ¡Qué campo tan dilatado abre la mortificación!

Se ha de reprimir y matar poco a poco todo un mundo de vanas ilusiones, si decididamente se quiere reinar sobre si y hacer reinar a Jesucristo.

No nos asustemos, si la tarea es penosa, pues está compensada deliciosamente.

No hay nada tan dulce como los frutos recogidos sobre el espinoso árbol de la mortificación. Tienen un sabor que a nada se parecen, sin duda, porque no conviene a la dignidad de un Dios dejarse vencer en generosidad. También se le entrega sin reserva y sin medida, se da Él a si mismo por premio de sus victorias. ¡Quién sabrá apreciar el valor de este don! Sí; *sereis donum Dei*⁷.

La radiante frente de los santos demuestra los puros trasportes que consiguieron con esta lucha incesante y dicen como San Pablo *su quotidie moriar*⁸ pero si mueren todos los días es para conquistar la verdadera vida. Ha llegado la hora de que los imitemos queridos Guardias de honor; nosotros como ellos lucharemos y venceremos: “Yo daré un maná oculto a los victoriosos”⁹, dice la Escritura; este maná será el consuelo interior que se siente después de cada acto de mortificación.

Además de las penitencias que la santa Iglesia a sus hijos, haremos que ayunen nuestros sentidos, nuestra curiosidad, el amor de nuestras comodidades, nuestro corazón sobre todo.

A ver si cada hora del día conseguimos una victoria: que se nos vea generosos en vencer nuestro humor, nuestras susceptibilidades, nuestras impaciencias, nuestros defectos habituales de modo que recordemos esta bella definición del cristiano dada por uno de los perseguidores de la primitiva Iglesia: *Un cristiano, les decía, es aquel en quien el alma manda y el cuerpo obedece*.

Para que nuestra alma empuñe su cetro, reine, domine y mande, es necesaria la mortificación constante; éste es su derecho y su gloria y también nuestro honor y nuestra felicidad.

¡Pues manos a la obra, queridos asociados!

⁷ Joan, IV, 10

⁸ Cor. XV, 31

⁹ Vincenti dabo manna absconditum. Apoc. II, 19.



RETIRO DEL MES

El espíritu de la oración

QUIEN apreciara en toda su extensión el valor, la fecundidad, el mérito de una alma que ora? Es... ¡casi omnipotente! ¡Ella abre y cierra el cielo!, hace bajar el rayo o la misericordia; ella inclina el corazón de Dios, encadena su enojo, le ata, en cierto modo, las manos; testigo Moisés. El Señor quería exterminar al pueblo israelita, pues a pesar de ser su nación escogida, había prevaricado, cuando el santo mediador se interpone entre Dios y ella, y el Señor le dijo: *No me ruegues ya más por este pueblo; déjame castigarle*. ¡Cuán necesarios son, sobre todo en nuestros días, nuevos Moisés, para apaciguar la divina justicia! ¿Y no es de desear que cada Guardia de honor ejerza este poder suplicante al pie del trono del Eterno, esforzándose para eso en adquirir el espíritu de oración? Lo que se entiende por espíritu de oración no es seguramente una oración mental o vocal sin interrupción, no. Es una suave y fácil dirección de nuestro espíritu y de nuestro corazón hacia Dios. Es la orientación de nuestra alma hacia lo alto, donde ella busca al Señor como su estrella polar para asegurar su carrera y evitar los escollos de que está llena la travesía de la tierra al Cielo.

Bajo la tierna mirada de esta Padre celestial ella sufre, lucha y hace todas sus obras con la mira de obedecerle, de agradarle y de probarle su amor.

Y por esta bienaventurada disposición cumple el precepto que dice: “Es menester orar siempre y nunca desfallecer¹⁰”. El espíritu de oración es el alimento del alma y la fortaleza de la vida espiritual.

Si nuestro cuerpo necesita aspirar el aire vital para existir, nuestra alma, sustancia inmaterial, necesita del soplo de Dios, necesita también elevarse para impregnar su vida en la atmósfera divina y esta respiración del alma es, digámoslo aún, *El espíritu de oración*.

Para adquirir este espíritu es menester evidentemente mortificar el espíritu propio que quiere verlo todo, saberlo todo, gobernarlo todo y acostumbrarlo poco a poco a volverse hacia Dios con un simple y dulce recuerdo.

Es preciso enfrenar las pasiones de nuestro corazón, vaciarlo de lo humano y disponerle a sufrir esta suave atracción que ejerce sobre la infinita Hermosura sobre todos los corazones puros.

Acordarse de Dios frecuentemente, amarle filialmente, he ahí lo que constituirá la oración perpetua que procuraremos no interrumpir durante el día.

Lo que equivale a decir que mortifiquemos nuestro espíritu, cercenándole los pensamientos inútiles, y nuestro corazón, quitándole los desahogos naturales.

Pero qué alimento daremos a la actividad de estas facultades de nuestra alma? El mismo Corazón de Jesús va a sugerírnoslo. Qué hacía Él en el santo desierto a donde se retiró cuarenta días? Ayunaba, luchaba, sobre todo oraba, y oraba. Él por todos y para todos y la santa Iglesia le imita en el curso de la Cuaresma.

Orar por todos. Esto es precisamente lo que a los Guardias de honor conviene se propongan practicar con asiduidad. No son ellos por oficio los imitadores del divino Suplicante su Rey muy amado? No están acreditados en Corte? No tienen la entrada libre en su divino Corazón?

Luego los intereses de sus hermanos, expuestos, desgraciados, extraviados, ¿no han de estar confiados a su ardiente y confiado celo?

Nosotros debemos responder y responderemos a este mandato de amor, queridos y fieles Asociados. El medio será muy fácil.

Oímos hablar de las pruebas de la Santa Iglesia, por ejemplo. Apoderémos de sus intereses sagrados; dirijamos al Cielo frecuentemente esta hermosa invocación: “*Deus in adjutorium meum intende*”¹¹; ¡Oh Dios, venid en nuestra ayuda: Señor, apresuraos a socorrernos! La sociedad multiplica sus crímenes, atrae sobre ella

¹⁰ Oportet Semper orare et non deficere. Luc. XVIII, 1

¹¹ Ps. LXIX, 2



formidables castigos, cada cual tiembla por lo porvenir. Clamemos a Dios, *Parce, Domine, parce populo tuo*¹². Perdonad Señor, perdonad a vuestro pueblo y no estéis eternamente irritado contra él.”

El desenfrenamiento de los impíos nos entristece dolorosamente? Repitamos con Jesús en la Cruz: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*¹³. “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”. Las almas del Purgatorio solicitan nuestro socorro; estas santas almas nos tienden los brazos, imploran nuestra piedad; sembremos los *Requiem* bajo nuestros pasos; ellos bajarán a refrigerar a un Padre, a una madre, a una esposa, a una hija, a un hijo amado que arden tal vez en las llamas expiatorias.

La B. Ana María Taigi rezaba todos los días cuatrocientos *Requiem* movida de caridad hacia estas almas pacientes. Lo mismo haremos nosotros en todas las necesidades de nuestros hermanos. Iremos a la afligida viuda, al huérfano abandonado, a la joven expuesta, al obrero angustiado, a todo el que sufre y gime; pediremos por todos; un *Pater* bien rezado remedia tanto! Santa Juana Francisca de Chantal rezaba cada día uno fervorosamente al pie del altar por todas las intenciones de su corazón o que se le habían encomendado, creyendo con razón haber hallado la mejor súplica para ser socorrida.

Haciendo esto evitaremos el escollo del egoísmo espiritual donde van a chocar tantas almas por otra parte virtuosas que, elevándose al Cielo constantemente con sus oraciones, no se acuerdan más que de sus propias necesidades.

No así nosotros; nos dilataremos en la caridad pidiendo por todos. Así es como verdaderamente seremos los imitadores y los consoladores del Corazón de Jesús.

¹² Joel, II, 17.

¹³ Luc. XXIII, 24.